

MARÍA ZAMBRANO EN MORELIA ANTE UNA VENTANA

ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Durante su primer año de exilio, luego de la guerra civil española, la filósofa María Zambrano escribió y revisó, en la ciudad de Morelia, dos obras fundamentales: *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía*. Ambas establecen dos direcciones imprescindibles: el exilio como forma de creación y despertar de la conciencia, y la relación ambigua entre filosofía y poesía.

PALABRAS CLAVE

Poesía, filosofía, exilio, arte, pintura, ética, mística, metafísica, Platón, Aristóteles, Ramón Gaya, orfismo, realismo, racional, irracional.

ABSTRACT

During her first year of exile after the Spanish Civil War, in the city of Morelia, the philosopher María Zambrano organized her notes and wrote two fundamental texts: *Pensamiento y poesía en la vida española* and *Filosofía y poesía*. Both texts establish two of her main ideas: exile as a form of creation and of awakening of consciousness, and the ambiguous relationship between philosophy and poetry.

KEY WORDS

Poetry, philosophy, exile, art, painting, ethics, mysticism, metaphysics, Plato, Aristotles, Ramon Gaya, Orphism, realism, rational, irrational.

RÉSUMÉ

Pendant sa première année d'exil, après la guerre civile espagnole, María Zambrano, philosophe, a revu et écrit, à Morelia, deux oeuvres fondamentales: *Pensamiento y poesía en la vida española* et *Filosofía y poesía*. Les deux instaurent deux axes incontournables: l'exil en tant que forme de création et éveil de la conscience et la relation ambiguë entre la philosophie et la poésie.

MOTS-CLÉS

Poésie, philosophie, exil, art, peinture, éthique, mystique, métaphysique, Platon, Aristote, Ramón Gaya, orphisme, réalisme, rationnel, irrationnel.

ANTE UNA VENTANA

El aire mueve levemente la cortina de una ventana abierta al paisaje michoacano. Escuetos trazos de una viñeta de Ramón Gaya llevan a imaginar la estancia de María Zambrano en su primer destierro mexicano. Trazos firmes pero desolados de la portada de un libro que anuncia la melancolía del exilio. ¿Qué pensaba María Zambrano ante esa ventana abierta que la separaba de la intimidad de la habitación y la lanzaba a la extranjería del exterior? Esa calle empedrada, ese amplio portón de madera y ese antiguo llamador de bronce, ¿tal vez le recordaban a su Vélez-Málaga natal? ¿Qué podría encontrar en las nuevas tierras que amparara su soledad? ¿Con quién dialogar ante el silencio de la hora de la siesta y el rítmico trote de algún caballo con jinete que perdió el regreso? ¿También ella perdida y a destiempo? ¿No se arrepintió, no sintió pánico? ¿No se preguntó: Dios mío, qué hago aquí y ahora?

Seguramente fueron esas las preguntas y muchas más las que la llevaron a escribir. A ese escribir que es la fuente del consuelo y de la piedad ante los males de este mundo. Tomó la pluma y, en el silencio que la rodeaba, desgranó palabra tras palabra y comenzó la invención de nuevo. Que todo lo había perdido al abandonar la maleta que guardaba sus apuntes cuando salía de España entre el desorden de los derrotados.

Pero, tal vez, ante la ventana lo que importaba era salir de nuevo a la calle y pasear por los caminos adoquinados de la antigua Valladolid colonial, hoy Morelia. Dirigirse al acueducto del siglo XVIII que ya se anuncia desde la carretera y contemplar en éxtasis la reproducción de los acueductos romano-ibéricos en tierras michoacanas. Apoyar la mano sobre las recias piedras y sentir el palpitar de lejanas aguas. Tantas imágenes que se le agolpan y que necesita poner en orden.

Emprender el camino de regreso y pasar por el albergue de los que por siempre habrán de ser llamados “Niños de Morelia”, recién evacuados de la guerra civil, y entretenerse a oír sus historias y, a su vez, contarle ella las suyas y cantar canciones juntos.

Luego regresar al cuarto de la ventana con la cortina flotante y recorrer con la vista los altos montes y el volcán Quinceo. Imaginar la presencia del obispo Vasco de Quiroga, el tata Vasco, como todavía se le llama y recordar sus sueños de realizar una utopía en la práctica: fundar cooperativas agrícolas, plantar olivos, crear pequeñas industrias, educar y amar por sobre todas las cosas.

LIBROS EN MORELIA

Dos fueron los libros que hizo o rehizo. Dos sus asuntos primordiales bajo los títulos de: *Pensamiento y poesía en la vida española y Filosofía y poesía*. El primero lo dedicó a las reflexiones sobre la razón de ser de la vida española representada por las formas poéticas. Y el segundo al establecimiento de los límites entre dos disciplinas que en sus orígenes fueron cercanas, pero que, poco a poco, fueron alejándose aunque siempre con añoranzas la una de la otra. *El poeta que siente la filosofía como última perspectiva de su poesía; el filósofo que no se conforma con usar de la razón, que no se resigna a renunciar a la belleza* (Zambrano, 1939, p. 24).

Seguramente el recogimiento de los meses morelianos, las pérdidas que se acumularon y la memoria como fundamento de quien sale al exilio y en el exilio se mantiene, fueron el impulso de los esfuerzos por volver a crear un mundo de la nada.

Sin libros, sin apuntes, sin intercambio de ideas, casi como una prisionera, se centró en las esencias del pensamiento. Impartía clases en el Colegio de San Nicolás y de ellas reunía la materia de su escritura. Le obsesionaba explicar los rasgos de una cultura tan firme como la española. Y lo primero con que se topaba era con el realismo, entrometido en todas partes hasta en la mística, en la lírica y no digamos en la pintura, en el ritmo del habla o del canto o de la danza. Se trataba de un fenómeno no solo relacionado con la espontaneidad y lo inmediato, sino con el reflejo de una vitalidad arrolladora. Lo que María Zambrano llama el hombre entero, verdadero. Cualidades que se traspasan al mundo de las ideas y éstas adquieren forma de conocimiento por medio del realismo.

El realismo es la manera de mirar y admirar el mundo expandiéndolo. Es la manera de que se vale el amor de entender el mundo y las cosas que lo componen. Así el realismo español ama y une las dos fuentes de la creación: la culta y la popular, cuyas raíces nunca estarán separadas a diferencia de otras culturas. De esta unión nacerá la coherencia del saber y el arte hispánicos en absoluta armonía, aunque parezca ininteligible desde fuera y, por ello, su originalidad. La realidad se convierte en materia sagrada y un toque de melancolía es la manera de sentir la vida que fluye. La referencia inmediata es don Quijote, dispuesto a enfrentarse a las cosas y a su naturaleza, bien en su realidad o en su imaginación. En palabras de María Zambrano: *De ahí que todo el vivir español sea un debatirse contra las rejas de*

lo imposible (Zambrano, 1939, p. 61). Situación que alude al exilio en constante abatimiento ante las fuerzas del destino. Mas un exilio creador que se deja guiar por el delirio.

El móvil es no detener el aire que agita la cortina de la ventana ante la que se asoma la autora en el destierro. Las cosas se le ofrecen en un marco natural desde el cual la reflexión sigue su propio curso. Halla, entonces, que la manera del conocimiento español tampoco es la tradicional europea y que la fuerza de la razón decae en su territorio. La manera del conocimiento se origina en las fuentes poéticas y es la unión de dos términos aparentemente opuestos lo que lleva a María Zambrano a su hallazgo definitivo: la *razón poética* es la que moldea la cultura española. No el logos aristotélico, sino el poder de la creación poética como vía, ascética y no, para abarcar en sí el sentido de la naturaleza toda. Los dos ejemplos que trae a colación son la “Epístola moral a Fabio” frente al *Discurso del método*, contemporáneos y antitéticos.

La gran diferencia entre España y el resto de Europa radica en la especial forma de desarrollo de pensamiento y poesía. Si bien los grandes sistemas filosóficos están ausentes en la cultura española porque su método conceptual es otro, en cambio el discurso literario, ya sea narrativo o poético, suple esa carencia y propone una visión del mundo más fresca y original, con sus exclusivos patrones y perspectivas¹.

Si la diferencia de España ante el resto de las naciones es un signo tan claro, evidencia un exilio no ya personal, sino nacional. Es España nación de exilios, desde el de 1492 contra los judíos hasta los sucesivos que culminaron en 1939. *Pero el español no vive en la nada, siempre tiene algo, pues tiene la melancolía, tiene la ausencia, tiene lo que le falta, que es lo que se ha ido o lo que nunca llegó a tener* (Zambrano, 1939, p. 149).

Sería ese horizonte de imposibilidades tan zambranio, que aún hoy vemos reflejado en el olvido, en la pérdida del exilio de 1939. En su dificultad de integración, de razón poética no aceptada. De culpa, de sacrificio no asumido. De territorio de lo sagrado, temeroso de ser hollado. El exilio tiene muchas vueltas y revueltas, pero la del retorno le ha sido negada. Para, finalmente, quedar demostrado que la orfandad, término que Zambrano aplica a nuestro pasado siglo, tiene dos caras. Exiliados y exilantes quedaron huérfanos. La ausencia se deja sentir

¹ A. Muñiz-Huberman, *El siglo del desencanto*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 110 y ss.

en ambas direcciones. El español del éxodo y el llanto, parafraseando a León Felipe, adquiere una nueva dimensión que traspasa la bíblica y la política para desembocar en la histórica-filosófica y más aún en la místico-poética.

Para cerrar su libro del destierro, la esperanza de una nueva España se une a la existencia de la poesía: *Confiemos, sí, en que mientras exista poesía, existirá España* (Zambrano, 1939, p. 179).

FILOSOFÍA Y POESÍA

Las últimas palabras del libro anterior enlazan con las del siguiente: *Filosofía y poesía*. Escritos ambos en ese “otoño de indecible belleza”, como calificó nuestra autora su estancia en Morelia, a pesar de los contratiempos. Porque hubo contratiempos. A la pérdida de la guerra civil, luego de una breve estancia en Francia, se había trasladado a México contratada por la Casa de España, creada por el gobierno cardenista para recibir a los intelectuales republicanos.

Invitada por Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas para impartir filosofía en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo en Michoacán, cuál no sería su sorpresa al saber que la cátedra que le había sido adjudicada debería versar sobre marxismo, pues el rector estaba seguro de que ella era una decidida militante del partido comunista. La situación tuvo que ser aclarada. Trató de justificarse como orteguiana y de llegar a algún acuerdo. A ello se agregó el número excesivo de horas de clase que tenía que impartir, la falta de una biblioteca adecuada y el nulo ambiente intelectual a su alrededor, para que no se sintiera muy feliz.

Sin embargo, aprovechó muy bien el tiempo y revisó las pruebas de imprenta de sus libros. Decidida a instaurar un nuevo orden, luego del caos y de la guerra, dejó correr su pluma para recuperar la medida del mundo y la armonía de la creación. Sintió, según sus palabras, cómo un “ángel invisible e implacable” le exigía seguir adelante. Porque para seguir adelante en el exilio tienen que ser los ángeles con su sombra protectora los que ayuden.

Se enfrascó en el estudio de los límites y fronteras entre poesía y filosofía, poesía y ética, poesía y mística, poesía y metafísica. La primera división es la del hombre en dos: filósofo y poeta. Ambas actividades se relacionan y el gran deseo sería unir las, cuando, a poco de surgir fueron separadas. *La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia*.

La filosofía busca, requerimiento guiado por un método (Zambrano, 1987, p. 13).

Ahondando en sus orígenes, la filosofía es admiración y violencia. Primero se admira ante las cosas y luego se violenta para librarse de ellas al definir las y lanzarse luego a otras cosas en necesidad de comprensión.

La poesía es admiración también, pero ahí se queda. No llega a la violencia ni a una búsqueda de un trasunto ideal. No lo necesita, no se lo plantea. Es fiel a las cosas y a la “primitiva admiración extática”.

El camino de la filosofía es por pasos, en claridad y seguridad. El de la poesía es múltiple y heterogéneo. Se pregunta María Zambrano: *¿Es que acaso al poeta no le importa la unidad? ¿Es que se queda apegado vagabundamente –inmoralmente– a la multiplicidad aparente, por desgana y pereza, por falta de ímpetu ascético para perseguir esa amada del filósofo: la unidad?* (Zambrano, 1987, p. 19). Y se contesta que el poeta tiene otros medios. El poeta emprende el vuelo y se libera por medio de la palabra, pues “quien habla no es del todo esclavo”. El poeta, además, es hermano de la música y a ella acude y en ella se apoya. Y, de este modo, el poeta también participa del número, de la matemática, en su peculiar manera. Los antiguos himnos órficos aún son válidos para el poeta, aunque el filósofo los haya negado. Así, los caminos del filósofo y del poeta se cruzan, se entrecruzan, se apartan o son paralelos, como un amor que se alimentara de su propia paradoja.

Y si, en un principio, pareciera que la poesía carece de unidad, su trasmundo la llevaría a una manera de alcanzar la unidad, antes que la filosofía, por medio de la revelación. Método, si es que puede llamarse método, inexplicable, pero comprobable en la esencia poética. Tal vez, algo que desespere al filósofo y lo impulse a desterrar al poeta, desde Platón hasta nuestros días.

Es entonces cuando aparece el problema de la ética: ¿qué hacer con la poesía y la ética? Es este el punto más doloroso. Platón lo resuelve acusándola de falsa y de mentirosa. No dice la verdad de las cosas: todo lo inventa. Conduce a un lugar sin regreso, al infierno. Pero devuelve la esperanza cuando logra regresar con la palabra mutada, transmutada, envuelta en un nuevo nacimiento.

El filósofo se enfrenta a la palabra para conocerla en todos sus aspectos y dominarla, usarla de la manera más precisa y exacta. El poeta se entrega a ella, es poseído por ella, no sabe en qué momento va a aparecer. Son dos usos diferentes, según María Zambrano, el racional y el irracional.

Poesía y mística guardan una relación estrecha, aunque a veces contrapuesta. El origen preferido parte de Platón y su reflexión sobre el amor. Gracias a esta reflexión, el concepto de amor penetró en el mundo occidental dentro de un plano intelectual y social que permitió su conversión en términos de idealización hacia el plano místico. Así, el sensualismo de las culturas orientales se perdió. Para María Zambrano fue por el platonismo como pudo darse la corriente ascética dentro del cristianismo.

El término de ausencia en el amor y la distancia del objeto amado propicia una nueva poesía, la de orden místico, entreverada con el concepto de muerte para alcanzar la unión deseada. Muerte temporal por el éxtasis o definitiva y sin regreso. Muerte por conocimiento en cada uno de los casos.

El paso siguiente es el de la relación entre poesía y metafísica. La evolución de la poesía explora nuevos campos y llega el momento en el que la creación en sí se centra en su metafísica. El arte pasa a ser una fuente de conocimiento y de revelación de la verdad. Se supera la condena aristotélica de las fuerzas oscuras e inexplicables y una nueva propuesta se desarrolla a partir del romanticismo. La revelación que ocurre en la poesía se atribuye a la manifestación de la creación divina en la poética. Es ahora la poesía un reflejo de la divinidad. Poesía y filosofía vuelven a entreverarse.

En la época moderna, la poesía adquiere su propia conciencia. Paul Valéry y Charles Baudelaire otorgan a la poesía la lucidez necesaria para convertirla en forma de la esencialidad. Así se logra el propósito último de la poesía y adquiere su independencia: ya no es una condena, ni es irracional ni ética. Posee su propio campo, sin ligarse a otras manifestaciones del espíritu humano. El poeta elabora su propia teoría y su metafísica, ya no necesita de la opinión filosófica. Y, tal vez, en una última pregunta zambraniana: *¿No será posible que algún día afortunado la poesía recoja todo lo que la filosofía sabe, todo lo que aprendió en su alejamiento y en su duda, para fijar lúcidamente y para todos su sueño?* (Zambrano, 1987, p. 99).

PINTURA

La contemplación desde la ventana abierta, la que dibujó Ramón Gaya, fue para María Zambrano otra fuente de llegar al arte y de expresar el exilio. Detener la mirada es la forma de atrapar la movilidad, de

abarcar el espacio. Quien habita el exilio detiene la mirada para, en actitud melancólica, acudir a la memoria de todas las cosas. Adquirir lentitud es un proceso necesario para entender el arte de la pintura. Hay que detenerse ante ella para descubrir cada pequeño trazo, cada matiz de color, cada visión y lo oculto que no se manifiesta. Más que un proceso de adivinación es un proceso de iluminación, siendo que la luz lo es todo para la pintura.

En *Algunos lugares de la pintura* aparecen recogidos los ensayos que exponen ese proceso de iluminación. La amistad de la filósofa con pintores de los varios países por los que viajó y vivió dieron lugar a ese deseo de comprensión del arte en sus manifestaciones. Pero el proceso nació en esa ventana moreliana vista, vivida, dibujada. Fue el nacimiento al exilio, porque hay que hacer nacer el exilio. No es gratuito ni es una derrota, es el camino de los iniciados hacia la interioridad del alma. Los que condenan al exilio ignoran que no es un castigo, sino un despertar de la conciencia a la luz del alba.

María Zambrano abrió los ojos y contempló, entre otras, la pintura de Ramón Gaya. Aquella ventana primera se la llevó consigo, doblada en su equipaje, para que dejara pasar el aire y moviera la cortina desde cualquier lugar. Años después, en Roma, no le fue difícil abrirla de nuevo. Cuadros del pintor se exponían ante su vista y escribió sobre ellos. Primero una carta, porque en su primera visión no pudo decir palabra y decidió expresarla por escrito. Le debía estas palabras a quien había dibujado la portada de su libro años atrás y seguía ilustrando sus nuevos libros.

De la obra pictórica de Ramón Gaya destaca en primer lugar la presencia mística que revela lo oculto. Esa manera que tiene la pintura o, mejor, cierta pintura de exponer no lo visible sino lo invisible. De qué modo los trazos y los colores desentrañan la realidad no manifiesta y provocan en el espectador la necesidad de la contemplación. Una pintura basada en puntos armónicos de equilibrio que, para María Zambrano, ponen de relieve los mecanismos de la serenidad, de la que hoy tan ayunos estamos. Coincidiendo en esto con Milan Kundera y su nostalgia de la lentitud como fuerza que el espíritu ha perdido irremediablemente. El no saber quedar o permanecer. El estatismo desdeñado.

Luego, antepone la calidad de lo temporal, inatrapable, más que lo espacial que se deja atrapar en el lienzo, en el papel. Por eso, los cuadros le parecen desprendidos, fluyentes, con su ritmo propio: “pasados”, con ese dejar en suspenso, en asombro. Suspenso y asombro

propios del exilio encarnado que Ramón Gaya también lo resiente y lo hubo de representar en su obra mexicana, cuajada de nostalgias, escenas del Quijote, de paisajes de España pintados de memoria.

Si el viento de la ventana de Morelia movió la imagen del pintor, otro elemento, el agua, será destacado por María Zambrano, *como si el cuerpo de la pintura fuera agua o a su modo* (Zambrano, 1991, p. 215). Verdad que Gaya descubrió en los canales de Venecia al sentir que la pintura venía del agua y de sus reflejos. Calidad de vitral y de imagen transparente.

La calidad siguiente que apunta Zambrano es la del asunto que aparece en los cuadros. Que llega a convertirse en escenas que pasan por los paisajes, los homenajes a pintores admirados, los motivos religiosos. A esto agrega los tonos otoñales, desde el amarillo, el naranja, hasta el café, como una simbolización de la tierra y de la tierra de España, *espejo de un sol desconocido* (Zambrano, 1991, p. 220).

GLOSA DEL EXILIO

Figura deambulante por excelencia, María Zambrano ante las numerosas ventanas de sus numerosas casas temporales dejó su mirada prendida en la razón poética. Filosofía y poesía, música y pintura se le fundieron en una sola manera de conocimiento. Se dejó guiar por Orfeo y por Pitágoras. Elaboró su teoría del exilio por intermedio de la figura de Antígona, a la que dedicó otro libro y, finalmente, llamó “bienaventurados” a los exiliados.

La tumba de Antígona representa el exilio como un estado terminal y no como una situación temporaria. Al elegir la tumba como el lugar de la acción lo sitúa en una categoría intermedia entre la tierra y el cielo. Antígona está a un paso de la definición última. Su despegue inminente de las cosas y de los seres equipara instantaneidad con eternidad y es la medida del exilio. Con la muerte deliberada, la historia se ha vuelto memoria.

La circularidad se establece: el exilio es una esencia que perdura más allá de la muerte. La mínima frontera entre vida y muerte se afina y nombra su propia paradoja. El exilio es muerte primero, por la pérdida de patria, familia, tierra, paisaje. Pero es vida después, al renacer y descubrir el despertar del verdadero ser. El exilio es una forma de la esperanza y la ventana siempre queda abierta.

BIBLIOGRAFÍA

- ZAMBRANO, M. (1939), *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, La casa de España en México.
- , (1987), *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica.
- , (1991), *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MUÑIZ-HUBERMAN, A. (2002), *El siglo del desencanto*, México, Fondo de Cultura Económica.